

Reseñas

Josep Maria Bech

M.^a Carmen LÓPEZ SÁENZ, *Dos filosofías del sentir: M. Merleau-Ponty y M. Zambrano. Perspectiva fenomenológica*, Editorial Académica Española, 2013 (www.get-morebooks.com)

Una decisiva vertiente del *Zeitgeist* del siglo xx, como es notorio, persiguió algo así como la «reconquista» de los estratos originarios de la experiencia, sin que este anhelo tuviera nada que ver con algunas ya trasnochadas corrientes de pensamiento, tales como la filosofía de las «vivencias» o *Erlebnisse*, con la nostalgia estrictamente «arqueológica» por el ámbito de lo prerreflexivo, o con la avidez por «exhumar» una realidad «sumergida», supuestamente anterior a toda elaboración cultural. Más bien se trataba de pensar la realidad primigenia en los mismos términos que determinan su sobrevenimiento. Había que conquistar el «ámbito donde las cosas se compenetran» y que, por ser prehumano, antecede al escrutinio del conocimiento.

Así, el sentido del mundo debía ser aprehendido en la primordialidad de su surgimiento, obteniéndose de este modo el acceso a unos estratos tan «arcaicos» de la experiencia que antecedian de hecho a cualquier categorización. Se postulaba, por consiguiente, una práctica siempre inaugural que se concebía a sí misma como una perpetua iniciación y que, en consecuencia, exigía un persistente replanteamiento.

Esta determinación a aprehender el sentido del mundo «en estado naciente» solía estar asociada a una actitud afín a la creación artística, ya que reconoce ante todo que el pensamiento nunca puede poseer completamente su objeto y solamente puede comprenderlo por medio de una efectiva «creación». Se trataba de una actitud pro artística, en otras palabras, cuya lucidez antipositiva (es decir, sin connotaciones «exhumatorias») anhelaba un contacto con el mundo que fuera capaz de resistir cualquier tentativa de objetivación.

Estos impulsos de pensamiento, tan axiales en la filosofía del siglo xx, fueron fundamentalmente captados por algunos eminentes autores. Del mismo modo que una lente convergente focaliza y condensa unos rayos de luz aparentemente dispersos, la decisiva obra de unos pocos pensadores se ha convertido para nosotros, resignados ahora a la condición de epígonos, en el emblema irrenunciable para estas maneras de pensar.

Mostrar que, entre estos «filósofos focalizadores», ocupan un primerísimo plano Maurice Merleau-Ponty y María Zambrano, es uno de los principales méritos de la lúcida obra de M.^a Carmen López Sáenz, *Dos filosofías del Sentir: M. Merleau-Ponty y M. Zambrano. Perspectiva fenomenológica*, publicado por Editorial Académica Española.

Pero junto a esta cualidad, la obra de M.^a Carmen López Sáenz nos ofrece algunos admirables testimonios de lucidez. Sobre todo, subraya en ambos

autores el paralelo compromiso de asignar a la dimensión originaria del lenguaje un rango en cierto modo todavía más primordial que el atribuido al comercio perceptivo con el mundo. En otras palabras, Merleau-Ponty y María Zambrano parecen reconocer en el lenguaje una índole primordial que lo extrae de la condición subalterna de ser un derivado de la conciencia originaria. Esta fundamentalidad, desde luego, parece liberar al lenguaje de la arbitrariedad impuesta por la conciencia originaria, erigida por la fenomenología clásica en el núcleo preponderante en torno al cual se organizan los actos de expresión.

Precisamente de «expresión», en el fondo, trata el pensamiento de Merleau-Ponty y María Zambrano, según la penetrante lectura de M.^a Carmen López Sáenz. Constatan ambos autores, en efecto, que la expresión no es ni una imitación o reproducción, como pretendía el realismo, ni una construcción, como afirmaba el intelectualismo. Su compartida convicción es, desde luego, que investigar filosóficamente el lenguaje equivale a ahondar en la naturaleza del pensamiento reflexivo. Mantienen, efectivamente, que si bien al lenguaje considerado en sí mismo no le atañe autonomía alguna, en contrapartida su estructura discursiva señala el horizonte soberano que se sustrae a su capacidad de apropiación.

Aun cuando esta formulación se debe a Merleau-Ponty, lo cierto es que tanto su pensamiento como el de María Zambrano contienen los fundamentos de una «ontología de la expresión» en cuanto que «el lenguaje expresa una ontogénesis de la cual él mismo forma parte». Ambos autores concurren, como muestra M.^a Carmen López Sáenz, en una especie de «pan-lingüístico ontológico». Podría incluso decirse que ven en el lenguaje algo más que un mundo que se basta a sí mismo, como el «giro lingüístico» de nuestro tiempo pretende haber descubierto. Ya que para ellos el lenguaje es algo así como «una realidad elevada al cuadrado» en cuanto que le reconocen una capacidad de anticipación o de pre-poseción.

Desdeñan asimismo ambos autores la llamada «verdad objetiva» porque consiste en la mera descripción de una realidad «positiva». Este rechazo de toda positividad resulta, sobre todo, de que no admiten que un sentido pueda preexistir a su correspondiente expresión y justifica su insistencia en que el lenguaje jamás transcribe un supuesto «sentido preexistente» porque sería una objetividad como cualquier otra, apta únicamente para ser reproducida. Para nuestros autores la verdad es «anti-objetiva», anti-mimética y anti-descriptiva.

Por tanto la verdad *no puede no* ser creativa e innovadora. Y desde luego jamás consistirá en la copia o la reproducción de una entidad (sentido, cosa) preexistente. De ahí que no cesen de insistir ambos autores en la «naturaleza *poiética* de la razón humana». En efecto: como felizmente formula M.^a Carmen López Sáenz (pág. 205), tanto para Merleau-Ponty como para María Zambrano «el carácter *poiético* de la razón le hace actuar como fuerza generadora que profundiza hasta las raíces», con lo cual «la razón poética descubr[e] y hasta cre[a] mediante la des-realización» por ser el fundamento oculto tanto de la percepción muda como de la palabra y hacerse palpable en la existencia casi carnal de la idea.

La obra de M.^a Carmen López Sáenz es, por tanto, indispensable si se pretende ahondar en un pensamiento, aquí personalizado en la producción

de dos de sus más brillantes autores, que parece desafiar a las frivolidades meditativas de nuestro tiempo, en la medida que señala unos caminos para la reflexión que es preciso recorrer una y otra vez. Como proclamó con inmensa malicia Hermann Heimpel, «la condición de lector asiduo protege de (ilusorios) descubrimientos (*Belesenheit schützt vor Neuentdeckungen*)». Para evitarnos «descubrir» que es posible pensar «creativamente» y, sobre todo, que otros lo han hecho de manera fulgurante antes de nuestro ilusorio «descubrimiento», el libro de M.^a Carmen López Sáenz es sin duda «lectura obligatoria».